

SEMANARIO

---

# PINTORESCO

---

ESPAÑOL.

---

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

---

ENCICLOPEDIA POPULAR.

---

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

---

1854.

---

**MADRID:**

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,  
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLIV.



SEMANARIO

# PINTORESCO

ESPAÑOL

LECTURA DE LAS FAMILIAS

ESPAÑOL Y FRANCÉS

CON UNO Y OTRO

El Jefe de la imprenta de los libros

1824

MADRID

Imprenta de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la casa de D. N. Alvarado, en la calle de San Juan, número 10.

MDCCLXXIV



# INDICE.

## TABLA DE ARTÍCULOS.

### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El cuartel de Medina de Rioseco, por don V. García Escobar, página 25.—El monte de Torozos, por don V. García Escobar, 37.—Ferrol, convento de San Francisco, por don Benito José Vicetto, 74.—El castillo de Toro, por don V. García Escobar, 89.—El castillo de Montemayor, 97.—Real ex-monasterio de Santa María de Buggedo, por don Remigio Salomon, 139.—Antiguísimo monasterio de San Martín, por don Remigio Salomon, 145.—Santa Gadea de Bureba, antes término, por don Remigio Salomon, 164.—El castillo de Ampudia, por don V. García Escobar, 185.—Las casas Consistoriales de Miranda de Ebro, por don Remigio Salomon, 193.—Baños árabes, 193.—El canal de Campos, por don V. García Escobar, 202.—Crónicas históricas de Salamanca, 246, 252, 258.—Puente colgante de Santa Isabel, 271.—La Colegiata de Ampudia, por don V. García Escobar, 281.—El castillo de Cabra, 321.—Galicia monumental, por don Antonio Neira de Mosquera, 337.—Nuestra Señora de Montijo, 347.—Al señor don José Picon, en refutación de sus crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, por Fermín Fernández Iglesias, 383.—Estadua romana de Arcemiraperez, 414.

### ANTIGÜEDADES.

Jeroglífico romano de Llerená, noticia inédita del señor Juan Alonso Fran, anticuario del siglo XVI, pág. 163.—Llave árabe de Valencia, 414.

### BIOGRAFÍAS.

Alonso de Céspedes, página 17.—Don Jorge Juan, 30.—Alfonso el Católico, por don Nicolás Castor de Caunedo, 41.—Don Pedro Virgili, por don L. M. Ramírez y de las Casas Deza, 58, 61.—Vida del Brocense, 76.—El Barón de Riperdá, por don Joaquín Maldonado y Macanaz, 85, 91, 99, 100, 106.—Juan Sebastian Bach, 121.—La Ricahembra, por don Luis Fernandez Guerra y Orbe, 129.—Anton de Montoro, por don L. M. Ramírez y de las Casas Deza, 187.—Doctor don Pedro Sainz de Baranda, por don Luis Vidart, 188.—Retrato de Carlo-magno, 190.—Noticias históricas del Sr. Juan Alonso Franco, anticuario del siglo XVI, 194.—Vida de Cayo Solio, obispo de Auberma, 241.—Villamediana, 297.—Don Manuel José Quintana, por A. D., 303.—Juan Remold de Patkul, 267.—Fr. Luis de Leon, 407 y 409.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Las casas y calles de Madrid, recuerdos históricos por don R. Mesoneros Romanos, página 2, 9.—Recuerdo histórico sobre el parlamento de Barcelona, por don Florencio Yanez, 26.—Estado de España en los primeros tiempos del reinado de Felipe II, por Florencio Yanez, 35.—Memorial de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, 43.—Documentos inéditos relativos á Quevedo, por don Severo Catalina, 50.—Episodios históricos de España, 70.—Tratado de 1604, entre Enrique IV y el Sultan Amat, 75.—Episodios históricos de España, 78.—Episodios históricos de España, costumbres caballerescas, 81.—Las causas por qué el rey Católico tomó el nombre de rey de Navarra, 158.—Un Cronicon del siglo IX, por Caunedo, 169.—Carta original, escrita por S. M. Felipe IV á Sor Maria de Jesus Agreda, y la respuesta de esta, 178.—La primera mencion histórica de España, 178.—Orden que Felipe IV envió al duque del Infantado, su mayordomo mayor, 189.—Cédula de Carlos V. 204.—Origen del condado de Barcelona,

233.—Premática y nueva orden de los vestidos y trages, así de hombres como de mujeres, 242.—Premática en que se prohiben aderezos de casas de brocados y telas de oro y plata, 243.—Los Bardos, por D. G. F. Coll, 371.—Noticias curiosas, por don Remigio Salomon, 398.

### VIAJES.

La paz del campo, pág. 2.—Silla de San Eduardo, 25.—La aristocracia en Venecia, 31 y 38.—Una aristocracia de amor y otra de gloria, por V. B., 114.—La Caza de fieras, 115.—Mi viaje á las repúblicas del Ecuador, por don Pedro de Prado, 116, 127, 135, 159, 155 y 162.—El Invierno en Rusia, 137.—La caza para los niños, 147.—El puente del Danubio, 190.—Viaje á Manila por el istmo de Suez, 194.—La fonda de San Nicolás en Nueva York, 198.—Usos y costumbres de los mandarines chinos, 214.—Rusia, su geografía política, 237.—Viajes alrededor del mundo, 1837 y 1841, 228.—Acueducto de las aguas libres, 257.—La gran muralla de la China, por Pedro de Prado y Torres, 329.—Delicias del campo, 332.—Mansion de los embajadores en China, 332, 335 y 339.—La cisterna de cristal, 404.

### ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatros, la empresa nueva, reformas teatrales, discurso dramático político, por Figaro, página 11.—Señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, por don Justo de Sancha, 226.—Carta de Góngora, por Luis María Ramirez y de las Casas Deza, 335.—Estudios literarios, teatro antiguo, por Antonio de Aquino, 339, 345, 353, 361, 369, 377, 401.—La historia y la novela, por Pedro de Prado y Torres, 364.—Cartas de Góngora, 404.

### ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

Division territorial, por don Fermín Caballero, pág. 57.

### NOVELAS Y CUENTOS.

Ochenta y tres escalones, por don Diego Luque, págs. 4 y 12.—Las hijas de mio Cid, por don Antonio de Trueba, 15, 18 y 29.—El Guardia del Rey, por don Alfonso García Tejero, 46, 62 y 67.—Por tí, por Ferriz Villena, 122.—¿Wig ó Tory? Ciudadano, 125.—Alina, 150.—El pobre Lázaro, 145.—Martín de Aranda, por don Pablo Gambara, 148, 157, 164 y 175.—El Minero de Sitjan, 153.—Mi tia Maria, por Engracia Greenwood, 175.—Nunca, por don Agustín Bonnat, 178 y 191.—Darse al Diablo, 193.—Amor sin fé, por Luis Vidart, 224, 235.—Un ángel en el mundo, por Pablo Gambara, 234.—La leyenda de Wittington y su gato, 236.—La corona de siempreviva, por D. M. P. Durán, 250 y 259.—Maria, por don Pablo Gambara, 268 y 276.—El Grajo adornado con plumas de pavo, 275.—Un Monmorency, 282 y 292.—La pena del Talion, por A. A. Orihuela, 298.—Lázaro, por José Campos, 299.—Una Vision, por M. del M. de S., 300.—Un matrimonio por fuerza, id.—Castel, 303.—Dos Poetas, 306.—Esperanza, por don Pablo Gambara, 307, 314, 322, 334, 342 y 350.—Los aguinaldos de Luciano, 311 y 318.—El Loco, leyenda del Siglo XIV, 315.—El vaso de madera, 326.—La eleccion de un amigo, 330.—Los Colonna y los Ursinos, 341.—Ali y Achmed, 348 y 349.—Piedra movédiza no cria moho, 357.—Una tempestad en los montes de Neudon, 363 y 366.—Si yo fuera rico, 363 y 379.—El caballero Banda Azul, 374, 382 y 390.—La hermana Beatriz, leyenda, 387 y 394.—Enrique II en el molino de Mansfield, por J. C. N., 395.—Antonio Galland, 396.

### ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

El día del año, por don Juan Martinez Villergas, pág. 3.—La eleccion de marido, por el baron de Illescas, 32.—Las fiestas de San Jorge en Alcoy, por M. Parera, 30.—El abogado de Pobres, 39.—A cuatro bajo cero, por D. F. de Paula Seijas, 65.—Gran baile de máscaras en casa de D. Telesforo de... por el baron de Illescas, 90.—Capas, sombreros, gorros y monteras, 110.—Funerales, 119.—El Pollo montés, por Serafin Olave, 199.—Un nuevo género de distraccion, 203.—Los principios de 1789 y las modas francesas, 204.—Los Plumíferos universales, por Serafin Olave, 211.—Monografía de las corbatas, 212.—Un extranjero en Vergara, 263.—Bocetos parisienses, por don Andrés Avelino de Orhuela, 290.—El alumbrado de Madrid, 297.—Historia de las modas, por don José Gonzalez de Tejada, 312.—El día de estero y desestero, por el baron de Illescas, 319.—El dine-ro, 400.

### POESÍAS.

«Pasage de la Fantasmagoria,» poesia, por Bartolomé José Gallardo, pág. 7.—Al señor doctor don Francisco Estéban de Yugunza, por don José Zorrilla, id.—A la Excm. señora doña Maria Encarnacion de Cueto, duquesa de Rivas, letrilla, por M. Breton de los Herreros, 16.—Al Aniversario de la muerte de Napoleon, soneto, por don Gabriel de la Concepcion Valdés, id.—Lectura popular, por don José Gonzalez de Tejada, 22.—El conde de Saldaña, romance, por don Juan Nicasio Gallego, 25.—Cartas escritas á don José Cالدسو, en 17 de enero de 1774, por don José Tomás Iriarte, 39.—Historia Natural, por don José Gonzalez de Tejada, 48.—El convite en el campo, por M. C., 64.—La Esperanza, soneto, por don Fernando Garrido, 64.—Virtudes Sociales, por José Gonzalez de Tejada, 71, 78, 95 y 119.—Ritja, balada, por Vicente Barrantes, 79.—Del Amor, por don Juan Valera, 104.—A Laura, por don Antonio Cánovas del Castillo, id.—El Aroma de las flores, por don Luis de Eguilaz, 112.—La muerte del sábio, por don Adolfo de Castro, 112.—La tarde en el mar, por don Antonio Arnao, 128.—La última hoja, por don Florentino Sanz, id.—Bienaventurados los que creen, por don Antonio de Trueba, 136.—Acto de Contricion, de Lope de Vega Carpio, 151.—Romance, por don José Gonzalez de Tejada, 152.—El Rey de los álamos, de Goethe, 160.—El 17 de Mayo, por don José Gonzalez de Trueba, id.—Las siete canciones del mes de Mayo, por don Vicente Barrantes, 166.—Letrilla, por D. J. M. Villergas, 185.—Comienzo el cantar de la mañana de San Juan, por D. A. Durán, 199.—Venus en el Prado, por don José Gonzalez de Tejada, 208.—Vignola corregido, romance, á un arquitecto, por don José Gonzalez de Tejada, 215.—El señor José Gonzalez, id.—Melodias hebreas (Lord Byron), 218.—Amor sin fé, 219.—A Gladra de dominó negro, por don Juan Valera, 240.—El Sepulcro, por R. M. B., 256.—Literatura española, poesia del siglo XV, 263.—Al Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel, por don Pablo Gambara, 272.—El Solitario del Betis, por L. E. P., 280.—La niña abandonada, por L. E. P., 287.—A Cuba, por Garcia de Quevedo, 288.—La Felicidad, por don Pablo Gambara, 289.—El bello prado. Flora y las flores. Tu ramillete, por don José Maria Torres Cenicedo, 294.—La Corona de oro, por don Eugenio de Tapia, 304.—A J. Heriberto Garcia de Quevedo, por don Gumersindo Laverde Ruiz, 320.—En el album de Matilde Diez, por D. V. Barrantes, 328.—Albores del génio, por don José Gonzalez de Teja'a, 336.—A mi amiga Magdalena, poesia, por don José Maria Ruiz de Somario, 345.—La esperanza del poeta, por don Gumersindo



Laverde Ruiz, 350.—Romance, por don José González de Tejada, 368.—A las Serenísima Señora Infanta doña María Luisa de Borbon, fundadora de la sociedad de asistencia domiciliaria, por don Pablo Gambara, 376.—A una desdenosa, por M. C., id.—Letrilla, por M. C., 384.—En un álbum, cosas de la época, por el baron de Illescas, 392.—A una Pilar de hermosos ojos, por el Solitario, 400.—La cama de matrimonio, poesía, por don Juan Eugenio Harzenbusch, 408.—Epigramas, por V. M. Muller, 400.—Logogrifo,

por D. Manuel Breton de los Herreros, 416.

#### VARIEDADES.

Federico II después de la batalla de Collin, pág. 4.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleon, 12.—Sophonisbe, 25.—La Confesion, 50.—Historia de la litografía, 53.—Cabellera, 71.—Gravedad, id.—Explicacion de la ascencion de los aeronautas, 75.—Una Aristocracia de amor y otra de

gloria, 111.—La vaca de una hortelana, 175.—Un incendio célebre, 190.—Preguntas, 192.—Cuadro sinóptico, 206.—Anarquía en materia de gustos, por Miguel Agustín Príncipe, 210.—De la caza, 217.—Historia de los Amuletos, 225.—Caza de los insectos y mariposas, 232 y 238.—Establecimiento de una pajarera, 271.—Un conelerto monstruoso en 1615, 382.—La mujer, por Fermin Gonzalo Moron, 389.—Enrique II en el molino de Mansfield, 393.—Congreso doméstico, por el Barón de Illescas, 415.

## TABLA DE GRABADOS.

#### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Puerta de Malacuer (Torrelaguna), página 13.—Iglesia de Uceda, 28.—Interior de la antigua iglesia de Uceda, 39.—Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 36.—Sepulcro de la iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 37.—Ermita de los Milagros (Salamanca), 45.—Ferrol. Iglesia parroquial de San Julian, 49.—Ferrol. Convento de San Francisco, 63.—San Tropez 69.—El alcázar de Villagarcía, 75.—Iglesia de Torrelaguna, 81.—El castillo de Toro, 89.—Santa María de Buitrago, 92.—Vista de Torrelaguna, 117.—El castillo de Montemayor, 132.—Ex-monasterio de Santa María de Buggedo de Candepajares, 141.—El cuartel de Medina de Rioseco, 155.—Santa Gadea de Bureba, 163.—Sala de justicia en la Alhambra, 169.—Pintura del techo de la sala de justicia en la Alhambra, 172, 175.—Cláustro del ex-monasterio de Santa María de Buggedo de Candepajares, 181.—El Castillo de Ampudia, 185.—Lápida de mármol colocada en el panteon del doctor Baranda, 188.—Vista general de Portilla, de la antigua Portella ó Villavieja, 189.—Las casas consistoriales de Miranda de Ebro, 195.—Baños árabes en la Alhambra, 196, 197.—Acueducto sobre el Segunillo, 204.—Muelle del canal de Campos, 203.—Patio de los arayanes en la Alhambra, 212.—Sala de los abencerrajes en la Alhambra, 215.—El cuartel de San Ovidio en Oporto, 217.—Interior de la catedral de Córdoba, 220.—Exterior del Generalife, 225.—Exterior de la Alhambra por la parte del Darro, 249.—Puerta de los carros en la Alhambra, 255.—Calahorra, 249.—Castillo de Villaverde en Luna, 263.—Puente colgante de Santa Isabel sobre el Gállego, 269

—Iglesia de San Juan Bautista de Talamanca, 275.—Puerta del Perdon en la Alhambra, 277.—La colegiata de Ampudia, 281.—Monte Calpe, 285.—Portada de la colegiata de Ampudia, 289.—Antigua puerta del cementerio de Santo Domingo en Santiago, 337.—Fachada principal del antiguo colegio de San Gerónimo, 345.—Embarcadero del canal imperial de Aragon, 353.—Convento de Jerusalem en Zaragoza, 361.—La roca de Castellfort en Cataluña, 377.

#### ANTIQUIDADES.

Silla de San Eduardo, pág. 21.—Escultura antigua, 153.—Jeroglífico romano de Llerena, 163.—Armas árabes, 256.—Armadura de Boabdil, 237.—Detalles de Capiteles, 244.—Detalles, 245.

#### VISTAS

Florenia, página 25.—San Petersburgo, 55.—Milan, 57.—Teatro de la ópera de París, 77.—Luca, 84.—Fontainebleau, 85.—La barrera del trono, 95.—Hotel de los inválidos, 97.—Monumento de los bávaros que perecieron en Grecia, 105.—La torre del Temple en París, 109.—Vista de la isla de Elba, 129.—Hotel de Ville de Bruselas, 145.—Túmulo de Duarte Meneses, 208.—Interior del convento de Gerónimo, de Belen, en Lisboa, 221.—El bosque de Boulogne, en París, 241.—Convento de San Pedro en Portugal, 253.—Acueducto de las aguas libres, 257.—Smirna, 261.—Vista de Nápoles, 297.—Vista de Charenton, 301.—Vista de Chalons sobre el Saona, 305.—Vista de Roma, 315.—Vista de Liorna, 321.

#### ESCENAS DE NOVELAS Y CUENTOS.

¿Wigh ó Tory? Ciudadano, pág. 124, 125.—El minero de Sitjan, 156, 157.—El grajo adornado con plumas de pavo, 275.—Un Montmorency, 284, 293.—Los aguinaldos de Luciano, 309.—El vaso de madera, 327, 328.—La eleccion de un amigo, 331, 332.—Si yo fuera rico, 372, 373.—La hermana Beatriz, 388.—Enrique II en el molino de Mansfield, 396.—Antonio Galland, 397.

#### TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Hilandería rusa, pág. 137.—La taberna de aldea, 177.—La Abandonada, 201.—Contrabandista del Pirineo, 380.

#### GRABADOS VARIOS.

La paz del campo, página 1.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleon, 15.—La alegría de noche buena en el paraíso, 17.—Sophonisbe, 24.—Historia de la litografía, 53.—Una pobre mujer abandonada, 115.—Trofeos, 144.—La caza para los niños, 148.—Problema fisiológico, 152.—San Francisco Javier, apóstol de las Indias, 161.—Pajarera, 272.—Carruaje ruso, 385.—El último abencerraje, 329.—Labanderas italianas, 369.—El lagar, 381.—El primer amigo, 395.—La pradera, 401.—La cisterna de cristal, 404.

#### GEROGLÍFICOS.

Páginas 45, 61, 80, 120, 184, 216, 320, 356, 352, 376.



# SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(La paz del campo.)

1.º DE ENERO DE 1854.



## LA PAZ DEL CAMPO.

Mas de una vez hemos presentado en el SEMANARIO escenas sencillas de la vida de las campos y de las aldeas, cuadros poéticos que retratan el sosiego y la calma dichosa de que se hallan rodeadas aquellas comarcas donde no llega el hálito envenenado de las ciudades y de las grandes poblaciones. El grabado que damos al frente de este número, destinado á formar en cabeza del tomo de 1854, pertenece á la coleccion indicada: es una de esas imágenes que nos hacen envidiar la existencia de aquellos que no respiran la atmósfera de las capitales que seca el corazon y ahoga el pensamiento. El grabado á que nos referimos no necesita explicacion; no la tiene tampoco que iguale siquiera á la impresion que produce contemplarle. Bajo un cielo puro, en un sereno dia del estío, recostada sobre una alfombra de verde yerba, y resguardada de los rayos del sol por dos corpulentos árboles, descansa una familia de campesinos de las faenas de la mañana: ¡qué expresion de dulce bienestar en todas las fisonomias! ¡qué naturalidad en todas las figuras! Los niños que aparecen en primer término rodeados á la caldera en que se cuece el almuerzo; la madre que cuida del mas tierno de ellos mientras juguetea con el leal mastin que acaricia á la criatura; la vieja que desempeña las veces de cocinera; el mancebo que apaga la sed; el anciano que parte el pan; las jóvenes que llegan conduciendo las frutas destinadas á servir de postre al desayuno, forman un grupo lleno de interés y de encanto, hasta el punto de que no se acierta á apartar la vista de él.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS.

## RECAPITULACION.

Hemos recorrido, aunque ligeramente, y segun lo ha permitido la índole y forma de estos artículos, las diversas fases materiales de nuestra villa de Madrid desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias: la hemos contemplado en su humilde origen, y creciendo después en importancia, hasta el punto de merecer el insigne honor de ser escogida para corte real y capital de la monarquía española; deteniendo mas particularmente nuestra consideracion en aquellos siglos XVI y XVII, en que bajo este concepto representó tan importante papel en Europa, como centro del poder y grandeza de los monarcas de la dinastía austriaca.—Hemos visto tambien, que á pesar de que estos quisieron enaltecerla con el pomposo título de *capital de dos mundos*, no acertaron sin embargo á darla apenas ninguna de las condiciones necesarias á un pueblo tan principal; y que los tesoros del nuevo mundo, y el inmenso poderío de los Carlos y Felipes y sus arrogantes validos los Lermas y Calderones, Olivares y Oropesas, Nardos y Valenzuelas, apenas dejaron mas señales de su paso por Madrid, que la inmensa multitud de iglesias y monasterios, todos medianos y nada mas, con que cubrieron la tercera parte de su suelo; y aun en este punto ni una idea grande y correspondiente á su ostentosa piedad; ni una catedral digna de la corte y que pudiera competir, si no exceder, á las de otras ciudades del reino; y en punto á otros edificios públicos y obras de necesidad y de decoro para una gran poblacion, únicamente la de la *Plaza Mayor*, la de la *Puente Segoviana* y la del sitio del *Buen Retiro*, que sin embargo estan muy lejos de competir en grandiosidad con las del Alcázar de Toledo, el templo y monasterio del Escorial y la Lonja de Sevilla, y otras muchas obras de aquella época y reinados.—Vimos en fin, que solo al empezar con el siglo XVIII la nueva dinastía de Borbon, acertó á comprenderse la importancia y la necesidad de dotar á la corte de grandiosos edificios, de establecimientos públicos, de decoroso ornato y de cómoda administracion. El nieto de Luis XIV, aquel jóven animoso, nacido y criado en la esplendente corte de Versalles, pudo y debió echar de menos su magnificencia y halagos, cuando atravesando yermas campiñas, miserables aldeas y escabrosos caminos, llegara á verse encerrado en el vetusto y desmantelado alcázar de Madrid, ó recorriese sus calles tortuosas, costaneras y sin empedrar, su mezquino caserio, sus débiles cercas y puertas; sus paseos, fuentes, y ausencia total de ornato y policia, de alumbrado y de comodidad; y no podria menos de reir al leer los hiperbólicos encomios de los Pinelos y Dávilas, Quintanas y Nuñez de Castro, y otros historiadores matritenses sobre las grandezas de esta villa, que entusiasmaban á los unos, extasiaban á los otros, y hacian prorrumpir al último en su donoso libro titulado *Solo Madrid es corte*.

El hecho es, que considerada bajo el aspecto material, solo llegó á serlo desde el advenimiento de la augusta casa de Borbon. Felipe V,

que pagó la decidida afecion de este pueblo hácia su persona, por lo menos con otra igual, dió el grandioso impulso de su regeneracion ulterior. A su voz enérgica y poderosa se elevaron el Real Palacio, el puente de Toledo, el cuartel de Guardias, el Seminario, el Hospicio, el grandioso templo de Santo Tomás, las fuentes públicas, los teatros de la villa y otros cien edificios de utilidad y grandeza; y si bien no fué del todo segundado en sus ideas regeneradoras, por el mal gusto que reinaba á la sazón, tambien supo acometer la grandiosa empresa de reformarle de raiz con la formacion de academias y cuerpos científicos, digno plantel de los hombres distinguidos que habian de brillar despues.—Alguna cosa, aunque poco, añadió tambien al esplendor de la villa capital el piadoso monarca Fernando VI, y aun dejando hoy á la critica histórica el apreciar el uso que hizo de sus tesoros, y si los *ochenta millones* que gastó en el monasterio de las Salesas Reales, pudieron emplearse con mas utilidad en dotar á Madrid de aguas, de caminos y de paseos, de establecimientos y edificios útiles, todavia tiene que agradecer esta villa á aquel monarca la magnifica via del puerto vecino, Guadarrama, la creacion de la Academia de Nobles Artes y la puerta de Recoletos.

Hé aqui todo lo que en punto á edificios públicos habia ganado Madrid en el trascurso de un siglo: hé aqui todo lo que habia alcanzado la capital del reino de la munificencia de sus monarcas y de la autoridad y valimiento de los Grimaldos y Riperdás, Patiños, Ursinos, Alberonis, Ensenadas y Farinellis.—Por fortuna valió mas para el arte que reserváran á otra época posterior y mas ilustrada, y á otro monarca magnánimo, la importante obra de la verdadera restauracion, ó mas bien formacion de la villa capital; porque guiados ellos por ideas apocadas, y pervertidos por el mal gusto artístico, no hubieran podido ni sabido convertir, por ejemplo, el escabroso y miserable *Prado de San Hierónimo* en uno de los mas bellos paseos de Europa; no hubieran imaginado sus bellas fuentes, sus magnificas calles y avenidas, el arco triunfal de la calle de Alcalá, el magnífico Museo, el Jardin Botánico, el observatorio Astronómico, la Real Plateria y el Hospital general; no hubieran realizado la construccion de templos como San Francisco el Grande, San Cayetano, San Marcos, San Justo, Mostenses y Caballero de Gracia, ni restaurado convenientemente los de San Isidro el Real, Encarnacion, Descalzas y otros; ni abierto el canal de Manzanares, ni hecho la magnifica bajada, paseo y puerta de San Vicente y de la Florida, la casa de los ministerios, el cuartel de San Gil y las Reales Caballerizas, etc.; ni los edificios de la Aduana, Correos, Buena-Vista, Fábrica de Tabacos, Salladero, Gremios y otros muchos. Para esto era menester que á la elevacion de ideas del gran Carlos III hubieran podido contar con la ilustrada energia de los *Arandas* y *Campomanes*, con los conocimientos y buen gusto de los *Sabatini*, *Rodriguez* y *Villanuevas*.

El caserio siguió en aquella época el deplorable rumbo que desde un principio habia tomado, y gracias por un lado á las poderosas causas anteriormente indicadas, y al sórdido egoismo de los dueños; y merced tambien á la ignorancia ó mal gusto de los arquitectos, las calles de Madrid continuaron presentando el agrupamiento mas lastimoso de mezquinas habitaciones, ridiculas fachadas, cuestras, estrechez y discordancia. Nada de desmontes ó rellenos oportunos para disimular los desniveles; nada de alineacion ni de proporciones de alturas; nada de ensanche de la via pública ni de disminucion ó remedio de sus tortuosidades; ni de conveniente formacion de anchas plazas y avenidas de elegante perspectiva; nada, en fin, de ornato exterior ni de comodidad para el público.

Si de la revista topográfica de la villa de Madrid á mediados del siglo anterior, pasamos ahora á la de su administracion y policia en aquella época, aun habremos de reconocer que, sean cualesquiera los errores de la actual generacion, sabe mejor que las anteriores procurar aquellas comodidades y halagos que embellecen algun tanto la existencia del hombre en sociedad, y á que tiene derecho, á cambio de las penalidades á que la civilizacion por otra parte le sujeta.

Todavia hemos alcanzado á ver en algunas de nuestras ciudades y villas, especialmente de Castilla la Vieja, Estremadura y Galicia, el espectáculo que podria ofrecer un pueblo de los tiempos primitivos, ó por lo menos de la edad media, abandonado absolutamente al instinto individual de sus moradores, desnudo de todas las condiciones materiales de comodidad y halago, y desprovisto en fin de todo cuidado y auxilio de parte de la pública administracion: á no ser así, no podríamos formar una idea siquiera aproximada del aspecto miserable de la villa imperial y coronada de Madrid, no solo al tiempo del establecimiento en ella á mediados del siglo XVI, sino dos centurias después, en el periodo de 1750 á que hoy alcanza nuestra revista retrospectiva.

Hemos observado en las líneas anteriores la incorrecta disposicion de sus calles, la discordante y mezquina disposicion de su caserio, interrumpido únicamente de vez en cuando por tal cual mediano tem-



plo, por tal cual estenso monasterio, que con las cercas de sus huertas contiguas y el privilegio de impedir levantar á las casas fronterizas pisos dominantes, acababan de hacer solitario, triste y peligroso el tránsito; la escasez ó absoluta carencia de plazas y paseos interiores, de fuentes y monumentos públicos, de toda idea en fin grandiosa y de utilidad general.—Vamos ahora á ver si todas estas ausencias estaban en algun modo neutralizadas por el celo de la administracion, por el esmero del vecindario, por el órden, comodidad y aseo de una buena policia urbana.—Abramos para ello todos los libros de la época (1), y mas especialmente un precioso Manuscrito que poseemos y lleva por título *Discurso sobre la importancia y las ventajas que puede producir la ereccion del gobierno político y militar de Madrid nuevamente creado*, el cual tiene la fecha de 26 de noviembre de 1746, forma un tomo en 4.º de regulares dimensiones, y parece estar dispuesto para la imprenta, aunque nos es desconocido el autor; y muy pronto hallaremos la verdad en toda su lamentable desnudez.

Aquellas calles estrechas, tortuosas y costaneras, apenas podian decirse empedradas, si hemos de atender á los términos en que hablan de ello las ordenanzas ó instrucciones de 1745 al 47; y hasta el reinado de Carlos III que adoptó y llevó á cabo en 1761 el proyecto del ingeniero Sabatini para el empedrado y limpieza de Madrid, que mal ó bien llegó á establecerse en los términos, bien mezquinos por cierto, en que aun le hemos conocido á principios del siglo actual.—La numeracion de las casas tampoco se verificó hasta 1751, y aun entonces lo fué por el mal sistema de dar vuelta á la manzana, que ha durado hasta nuestros dias, y ocasionaba tan considerable embrollo por la coincidencia muy frecuente de los mismos números en una calle.—No existian apenas sumideros ni alcantarillas subterráneas para la necesaria limpieza; las inmundicias que arrojaban de las casas por las ventanas, y las basuras amontonadas en las calles, convertian á estas en un perpetuo y sucio albañal.—No habia mas alumbro que el de algunas luces que se encendian á las imágenes que solia haber en algunas esquinas, ó tal cual farolillo que se colgaba de los cuartos principales de las pocas casas que los tenian y cumplian con los bandos que lo mandaban.—Las fuentes públicas, pocas y escasas; los mercados reducidos á los miserables tinglados y cajones de la Plaza Mayor y algunas plazuelas, y á tiendas ambulantes en las esquinas, apellidadas *bodegonas de puntapié*, desprovistos todos hasta de lo mas preciso, y sujeto el vecindario á los *abastos* y *tasas*, y á acudir á los sitios privilegiados donde se despachaba el pan, la carne y los demás alimentos en limitadas proporciones y á los precios del abasto.—Por consecuencia de todo aquel desórden y abandono, las calles, inundadas de mendigos de dia, de rateros por la noche, sin verse el transeunte protegido por la vigilancia de serenos (que aun no existian) ni ninguna otra precaucion de parte de la autoridad.—Todo aquel que por necesidad ó por recreo habia de echarse á las calles después de cerrada la noche, tenia que hacerlo bien armado, y dispuesto además con el auxilio de alguna linterna, y las señoras que iban en silla de manos á las tertulias, debian hacerlo precedidas de lacayos con hachas de viento, para apagar las cuales solia haber en las puertas y escaleras de los grandes señores cañones ó tubos de fábrica en forma de apagador, de que aun puede verse una muestra en la casa del señor marqués de Santiago, Carrera de San Gerónimo.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL DIA DEL AÑO.

Es una época esta del año nuevo extraordinariamente alegre en todos los países, como si por enterrar un año en el panteon de la historia, pensasen las humanas criaturas ser mas jóvenes, en vez de pensar que son mas viejas. Yo creo que nadie piensa en lo uno ni en lo otro; porque harto tiene que hacer el que piensa en divertirse, y sobre todo cuando el pensamiento de la diversion es lo que pudiéramos llamar vizco, puesto que vizco llamamos al que tiene torcidas miras ó torcidas miradas. Y no se me negará que la alegría general, en esta parte del año, hija mimada del interés, tiene malas miras en todas partes, porque esto equivaldria á sostener que en el órden moral es posible aquello que, en el órden fisico, llamamos pedir peras al olmo. Vamos á probarlo.

Sabido es que en la China, que está como quien dice ahí, á la puerta de la calle, la celebracion de la fiesta dura cerca de un mes, en

cuyo tiempo quedan los ciudadanos facultados para arreglar sus negocios como mejor les parezca: verdadera época de anarquía administrativa, que viene de perilla á los que, confiados en la fuerza de su astucia ó en la lógica de sus puños, quieren allí, como en todas partes, la práctica del socialismo bien entendido; esto es, para que los modernos reformistas vean que estoy iniciado en los misterios de su religion,

Tomar sin rastituir,  
dormirse sin cavarlar,  
prometer y no cumplir,  
ó vivir sin trabajar.

En algunos pueblos de la India la época de año nuevo es todavia mas favorable á la secta cuyas doctrinas acabo de resumir en cuatro versos. Parece que dos meses antes de concluir el año andan los acreedores acechando á los deudores y ostigándolos hasta el punto de no dejarles de noche ni de dia un momento de reposo, por la sencilla razon de que, en llegando el dia de año nuevo, el acreedor que no haya sido bastante hábil para cobrar, es condenado por la ley á pagar á sus deudores doble cantidad de la que aquellos le eran en deber. Figúrense Vds., por consiguiente, cuántos escondrijos no recorrerán los que deben algo para burlar la persecucion de sus acreedores, hasta ver el sol en el suspirado dia de año nuevo! Lo cierto es que en semejante dia el *brahamismo* está en su apogeo, porque el que no bendice la ley de *Brahama* por lo que favorece la mala fé, *brama* contra la ley que protege la injusticia. Y el caso no es para menos si bien se mira; porque á trueque de no ver tan escandalosos atropellos, apuesto que hay muchos indios ricos que preferirian á su fortuna la desgracia de vivir pobres en Europa. En cambio hay muchos europeos que se harian millonarios en la India, y váyase lo uno por lo otro.

Ahora bien: siendo, como es de creer, en los mencionados países infinitamente mayor el número de los pícaros que el de sus victimas, claro es que la festividad de año nuevo ha de ser en ellos recibida con regocijo casi universal; lo que, si se atiende á la causa ó origen, demuestra la verdad de mi proposicion. Pero desgraciadamente no necesitamos ir al Asia para convencernos de que la alegría de año nuevo, hija del interés, tiene tan malas mañas como su padre.

Me acuerdo perfectamente de lo que pasa en Madrid el dia de San Silvestre, en cuya noche tiene lugar la ceremonia de los *años nuevos*, que consiste en sortear cedulillas con nombres de *damas* y *galanes* y versicitos adecuados al objeto. Cualquiera pensará que este cuadro de nuestras antiguas costumbres es en el fondo, como en la forma, la sencilla espresion de esos afectos de amistad y de familia que buscan un inocente recreo en pasatiempos dignos de la infancia; pero no es así: este, como otros muchos cuadros, tiene su parte de caricatura y de brocha gorda, semejante á esas decoraciones de teatro que seducen desde lejos y quitan todas las ilusiones, vistas de cerca. Así juzga de semejante costumbre el que sabe por experiencia los resortes que en tal noche ponen en juego las jóvenes que desean separarse de sus madres, y las madres que anhelan colocar á sus hijas, y las señoras que sin haber tenido tíos buscan primos, y los galanes que enamorados de la bolsa de una dama ó de otras prendas que sería pesado referir, van tras de un dote ó tras de otras cosas que sería prolijo enumerar.

Es magnífico ver á Doña Sinforosa Carrasco y á su hija Matilde celebrar lo que se llama el ensayo general, en compania de D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio. Allí se discute y aprueba el programa de la funcion, que sobre poco mas ó menos se reduce á los artículos siguientes:

1.º Se acuerda que la señora Doña Sinforosa designará á dichos D. Periquito el meritorio y D. Agapito el cesante para extraer las cédulas de los versos, y que estos señores aceptarán con la condicion de que Doña Sinforosa y Matilde saquen las de los nombres.—Aprobado.

2.º Se conviene en que Matilde sacará y leerá los nombres de las damas, procurando no equivocarse.—Aprobado.

3.º Se decide que Doña Sinforosa, mujer de mas experiencia y mas práctica en los juegos de manos que su hija, sacará y leerá los nombres de los caballeros, procurando sacar de la manga, con todo el disimulo posible, las cédulas que á continuacion se espresan:—D. Agapito el cesante, correspondiendo á Doña Jacoba, viuda de un comisionado de amortizacion que á los pocos meses de ejercer su destino lo abandonó para administrar sus haciendas.—D. Periquito el meritorio con Inesita Cermeño, hija de un antiguo subsecretario que está en candidatura para ministro.—Guardará para su hija al escribano D. Tomás Uñate, de mote Manos Puercas, que tiene fama de ser el primero de la nacion para dar fé de lo que nunca ha visto, y abricar testamentos falsos.—Y se reservará para sí á D. Liberio Rompe-Lanzas, comandante que fué de carabineros en el llamado *año de los alijos*.—Aprobado.

4.º y último. D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio sacarán y leerán las cédulas de los versos, procurando cada uno esca-

(1) Véanse entre otros los siguientes:

1.º Solo Madrid es Corte, por Alonso Nuñez de Haro, 1698.

2.º Ordenanzas de Madrid, por D. Teodoro Ardemans, 1725.

3.º Dificultades vencidas y curso natural de las aguas, etc., por José de Arce, 1754.

4.º Tridante escópico en España, etc., por D. Joaquín de Cassis y Xalo, 1738.



motear aquellas que mas convengan á los fines de los interesados en los momentos oportunos.—Aprobado.

Con esta intriga tan hábilmente preparada, llega la noche, y todos se solazan con la idea de recoger el fruto de sus maquinaciones; pero ocurre la desgracia de que una jóven de la reunion propone anticipada y caprichosamente á otras personas para la estraccion de las cédulas; la reunion vota por aclamacion, y nuestros cuatro intrigantes braman como los acreedores de la india en año nuevo.—No queda mas que una esperanza, y es la de que tal vez pueda hacer la casualidad lo que habia ordenado la intriga. Todo puede suceder: pero aunque así sea, la mayor parte de las cédulas contienen versos insolentes que parecen espresamente trabajados para inspirar aversion y desprecio y... ¡plástima grande que la fatalidad haya dado al traste con aquellos planes tan sabiamente combinados!

Así sucede en efecto; llegada la hora en que cada cual se solazaba con la esperanza de satisfacer sus deseos, empieza la operacion de los años nuevos, siendo otras y otros los que merecen la dicha de obtener aquellos cuatro nombres que alimentaban mas de cuatro ilusiones. No contenta con esto la mala estrella, hace que D. Agapito el cesante salga de pareja con la abuela de Matilde; D. Periquito el meritorio con la cocinera de Doña Sinforosa; Matilde con el aguador de la casa, y Doña Sinforosa con el leon del Retiro, lo que produce mucha algazara en la reunion y una merecida leccion á los que quisieron convertir las fiestas de los años nuevos en juegos de loteria ó de bolsa, que son los que hoy dominan con grave perjuicio de sus dignos rivales el Monte y el Cané.

Afortunadamente estos ataques á la bolsa ajena, aunque encarnados en una antigua costumbre, son poco frecuentes en Madrid, y no tienen lugar mas que dos veces al año, que son el día de los *motes* y el de los *estrechos*, esto es, la víspera de año nuevo y la víspera de los Reyes, lo que proporciona á nuestros prójimos un descanso de 364 dias en el año bisiesto, y de 365 en el año comun. En Paris, donde escribo estas líneas, las asechanzas de la estacion son mucho mas terribles por lo mismo que se disfrazan bajo las mas seductoras apariencias; pues para que mis lectores juzguen hasta qué punto la urbanidad ó *politesse* francesa es sospechosa para mí, creo que un descendiente de José María, armado de trabuco y pidiéndome la bolsa ó la vida en un camino, no me haria tanto miedo como un parisien que venga á mi casa saludándome con la mas refinada galanteria, y diciéndome que está muy enfadado (*bien fâché*) de que á mí me duela la cabeza, ó que le es muy cómodo verme en buena salud (*il est bien aise de me voir en bonne santé*).

La temporada de año nuevo, sobre todo, es fatal en este país; porque en ella la *politesse* llueve á chaparrón, y esta era de cumplimientos, que en mi tierra solo es fastidiosa por lo que trasciende á etiqueta cortesana ó por los lugares comunes de que se resiente, aquí es calamitosa para el que sabe que la palabra *bonjour* cuesta lo menos cincuenta céntimos; *merci* dos francos, y *tres obligé* dos napoleones.

Parece broma, pero es cosa muy grave lo que en tales dias sucede. Figúrese el extranjero que quiera pasar en Paris la temporada de año nuevo los peligros que tiene que correr; y si no puede figurárselos, lea este folletín para que no le cojan desprevenido. Si el desventurado vive en un *hótel*, como generalmente acontece, verá que desde por la mañana empieza á recibir memorias y felicitaciones, que son otros tantos anzuelos dirigidos al bolsillo, por este orden:

- 1.º *Mr. le concierge*, con una tarjetita en que dice que da las Pascuas, aunque mas bien que las da las pide.
  - 2.º *Madame la concierge* que imita la *politesse* de su marido.
  - 3.º *Maitre Jean*, el cocinero, que imita la *politesse* de la concierge.
  - 4.º *El garzon*, que imita la *politesse* del cocinero.
  - 5.º *El barrendero*, que imita la *politesse* del garzon.
  - 6.º *El sacristan de la parroquia*, que imita la *politesse* del barrendero.
  - 7.º *El carbonero*, que regala dos libras de carbon con el objeto de hacer pagar una arroba por cada libra, ó lo que es lo mismo, dos arrobas.
  - 8.º *El epicier*, que hace el obsequio de un cuarteron de ciruelas esperando que esto le valga mas que un cajon de dátiles.
  - 9.º 10.º 11.º 12.º 13.º .....  $\infty$ , signo con que matemáticamente se representa en el infinito.
- Después de esta serie continúa otra, que es como sigue:
- Infinito mas uno*,  $\infty + 1$ , la dama del *comptoir* que remite un *petit verre d'eau de vie* (alias, una copita de aguardiente teñido).
- Infinito mas dos*,  $\infty + 2$ , el vecino ó vecina del número tantos que regala un par de guantes viejos.
- Infinito mas tres*,  $\infty + 3$ , el dueño del hotel que convida á comer *gratis* aquel día.
- Infinito mas cuatro*,  $\infty + 4$ , el mozo del café que en tal día

despacha los dulces, los cigarros y las pipas con lazos de cintas coloradas.

$\infty + 5$ ,  $\infty + 6$ ,  $\infty + 7$ ,  $\infty + \infty$ ,  $\infty + \infty$ , etc., etc.

Por de contado que todos estos agasajos son tan desinteresados como los primeros: todos se dirigen á un fin, y son tanto mas temibles para los hombres imparciales, cuanto que tienen de comun con el sistema restrictivo de los absolutistas la circunstancia de ser contribuciones indirectas, y con el sistema económico de los socialistas, la de sustituir el impuesto progresivo al proporcional. Por consiguiente, el extranjero que se dirige á Paris en la estacion de los aguinaldos, puede decirse que toma el camino mas corto para ir á San Bernardino; y desgraciadamente esta estacion es tan larga en Francia para los extranjeros, que dura 365 dias en el año comun, y 366 en los bisiestos.

J. M. VILLERGA.

## FEDERICO II DESPUES DE LA BATALLA DE COLLIN.

Federico II es una de las figuras mas gigantescas que aparecen en la galeria que los siglos han ido formando de los grandes capitanes de todos los países: nada de cuanto á él se refiere puede leerse sin interés: nada que nos le represente puede ser mirado con indiferencia; el cuadro cuya copia damos, es de los mejores, si no el mejor, que se han consagrado á este grande hombre: desnudo de figuras y de accesorios que distraigan al espectador, permite contemplar la venerable figura de Federico II; pero no en una situacion normal, sino en un momento solemne, después de haber sufrido una derrota, después de haber perdido una batalla; él, tan afortunado en ese juego de azar que se llama la guerra. Dejando aparte la correccion del dibujo, la exactitud del parecido, es de admirar la expresion de esa cabeza, no abatida por el desaliento que se apodera de las almas vulgares después de un descalabro, sino preocupada por la meditacion del genio, que reconcentrándose en sí mismo, saca de un golpe de fortuna una leccion provechosa para el porvenir.

## OCHENTA Y TRES ESCALONES.

### CUENTO

#### I.

Una casa de Madrid es un mundo abreviado: cada piso es una zona, cada cuarto una nacion con sus leyes particulares, sus costumbres que en nada se parecen á las de los demás, su fisonomia peculiar, en fin, que lo caracteriza. ¿En qué se parece el grande de España ó el opulento banquero del principal, al jefe de la oficina ó modesto propietario del segundo, ni este al humilde empleado de ocho mil abajo del tercero, ni todos ellos á la modista, al estudiante ó al menestral de la buhardilla? Como los extremos se tocan, y los dos polos de la tierra son semejantes, así el bajo suele ser igual ó muy parecido al departamento mas encumbrado. El pobre sastre de puntada larga y el humilde remendon se hallan lo mismo en el portal que en el cuarto cuarto.

No debemos pues buscar las diferencias entre los puntos mas apartados. En la casa en que vamos á penetrar solo queremos ver el principal y la buhardilla. ¿No os parece que deben hallarse en ellos contraposiciones dignas de ser notadas?

#### II.

### CUARTO PRINCIPAL.

Eran las doce de la noche, y las calles de Madrid se hallaban completamente desiertas, merced al temporal, que deshaciéndose en viento y lluvia, habia obligado á todos sus habitantes sin exceptuar los mas trasnochadores á buscar en sus casas un abrigo. ¡Cuánta celosa casa daba gracias al cielo pidiéndole allá en lo intimo de su corazon que enviase una tempestad semejante cada noche, en tanto que unia sus maldiciones contra el mal tiempo á las de su poco casero marido!

En una suntuosa habitacion del primer piso de una de las mas elegantes y magnificas casas que la arquitectura moderna ha regalado á la coronada villa, se hallaban reunidos en derredor de una mesa sobre la que se veian los restos de una opípara cena y un asombroso número de botellas, ocho jóvenes cuyos trajes y maneras hacian conocer que pertenecian á las mas distinguidas clases de la sociedad.

—¡Vaya si es linda! decia uno pasándose las manos por sus largas melenas rubias. No pienso hacer en mi vida una conquista semejante.



—Esta noche estás adorablemente modesto, conde; exclamó otro ofreciéndole una copa. ¿Querrás hacernos creer que esa muchacha se te resiste aun?

—Daria un año de mi vida por poder decir lo contrario, contestó el que primero había hablado.

—Segun eso es una virtud salvaje.

—Una Lucrecia.

—Yo no creo en las Lucrecias de aguja, dijeron á la vez varios en quienes el Champagne iba haciendo su efecto.

—Y sin embargo nada hay mas cierto, amigo mio, contestó aquel á quien uno de sus compañeros había llamado conde. Desde que leen

*Los misterios de Paris*, cada una de ellas quiere pasar por una *Rigolette*.

—¿Y te das por vencido?

—En cuanto á eso...

—¿No?

—Fieras mas temibles he domado.

—Te aseguro, Julio, que á esta no la domarás. Cuando no la has rendido ya, es que la plaza cuenta con grandes recursos para defenderse.

—Plaza sitiada, plaza tomada: es axioma en la guerra desde la invencion de la artillería.



(Federico II después de la batalla de Collin. Cuadro del museo de Leipzig.—Pág. 4.)

—¿Piensas bombardearla? preguntó uno que hasta entonces no había hecho mas que beber.

—Tengo dinero.

—A propósito. ¿Cuántas onzas creéis que vale la virtud?

—Lo que no existe no puede valer nada.

—Yo doy un centenar de hallazgos al que presente á esa pobre criatura hace tanto tiempo perdida.

—Cuenta con que algun anticuario no la tropiece revolviendo pergaminos.

—Es verdad. Yo no dudo de la virtud de las viejas, sobre todo si son pobres.

—¿Pero y la Lucrecia de Julio?

—Apostaría doble contra sencillo á que lo derrota. La tal Juanita sigue la escuela antigua.

—¿Y si este hiciese una tarquinada con ella?

—No se atreve.

—¿Cómo que no me atrevo! dijo el conde, cuyas ideas se iban enturbiando por instantes.



—Tú no harás nunca nada de provecho. Eres un aprendiz de calavera, y pretendes plaza de D. Juan.

—Esta noche os he dado una cena sin motivo ninguno. Dentro de dos días os convido á otra, y á una partida de campo para el día siguiente, con objeto de celebrar mi triunfo.

*Ilusiones engañosas  
livianas como el pler.*

Balbuceó uno, cuya cabeza no estaba muy segura.

—Ya te lo probaré dentro de poco, Federico.

—Del dicho al hecho...

—Irá poco trecho.

—¿Qué apuestas, Julio, á que dentro del término que has fijado no consigues nada? dijo el que ya conocemos por Federico.

—Lo que quieras.

—Mi caballo *Djir* contra tu yegua *Clary*.

—Sea.

—Pues no hablemos mas del asunto.

Algunos instantes después la bacanal llegó al último extremo, siendo imposible comprender una palabra entre la confusa algarabía que formaban todos hablando á la vez y el agudo *chischás* de vasos y botellas.

### III.

#### BUHARDILLA.

Ochenta y tres escalones mas arriba, en una mezquina estancia, cuyo techo tocaba al suelo por un extremo, se hallaban dos jóvenes de la misma edad que los que hemos dejado emborrachándose en el piso primero, pobremente vestidos y ocupados al parecer de algun tristísimo pensamiento.

Nada recuerda aquí la opulencia del cuarto principal. Cuatro sillitas viejas, un mequino lecho y una mesa coja cargada de libros y papeles, sobre la que arde una vela de sebo, hé aquí todo el menaje de la casa en que acabamos de introducir á nuestros lectores.

Largo rato hacia que los dos jóvenes guardaban el mas profundo silencio. Las cabezas apoyadas en las manos en actitud de meditar; nada de lo que en derredor habia les ocupaba.

—¿Te has resuelto, Félix? preguntó el uno mirando con ansiedad á su compañero.

El interrogado no oyó, ó aparentó no oír estas palabras.

—¿Qué piensas hacer? volvió á decir el otro dándole una palmada en el hombro para sacarlo de su distracción.

Félix levantó la cabeza, y fijó en su compañero sus grandes ojos negros preñados de lágrimas.

—¿Por qué no he nacido rico! exclamó con desesperación.

—¿Ricos! ¿Son los ricos mas felices que nosotros?

—¿Bella teoría, Antonio! Por desgracia no es mas que una teoría.

¿Para poder casarme con Isabel qué me falta sino dinero?

Convencido Antonio de la amarga verdad que encerraban las palabras de su amigo, no supo qué contestar.

—¿Maldito becerro de oro! ¿Ese idolo del siglo da la felicidad en la tierra!...

—¿Y es preciso resolver algo! murmuró Félix volviendo á entregarse á los pensamientos que antes le ocupaban. El tiempo vuela, y esto no puede quedar así.

Un golpecito dado timidamente á la puerta de la buhardilla atrajo su atención hacia aquel lado.

—¿Adelante! dijeron los dos.

Una pobre vieja modestamente vestida alzó el picaporte, y se presentó en la puerta.

—En la portería me han dejado al anochecer este billete para usted. No he podido subirlo hasta ahora.

—¿Gracias! exclamó Félix tomando la carta con ansiedad.

La portería se retiró.

—¿De quién es? preguntó Antonio.

—¿De ella!

—¿Qué te dice?

—Oye.

«Félix: Soy mas desgraciada de lo que crees. Mi tío se empeña en que te olvide y me case con D. Vicente. Me saca mañana para Toledo, donde nos aguarda con sus sesenta años y sus riquezas. Tal vez no te veré mas.

«Los dos somos pobres, los dos somos infelices. Esta noche á las dos, cuando todos duerman, estaré á la puerta de mi casa. No sé si obro bien ó mal; pero conozco que no puedo proceder de otra manera. ¡Maldito dinero!

«Hasta las dos ó hasta el otro mundo.

TV ISABEL.»

La carta que Félix acababa de leer estaba casi borrada con lágrimas de lo que la escribió.

—¿Me acompañas? dijo el joven después de un momento de duda con una tranquilidad que asombró á su compañero.

—¿Vis á despedirte de ella?

—No sé á lo que voy. Yo no puedo perderla: no puedo dejar que la sacrifiquen.

—Acude á la justicia, depositala, y cástate con ella.

—Si; pero para todo eso es menester dinero, dijo Félix con amarga sonrisa.

—¿Es verdad! exclamó dolorosamente Antonio ¿Qué resuelves?

—No sé. Salgamos á la calle. ¡Este aire me ahoga!

Ambos tomaron los sombreros.

—Si viviera concluida mi carrera! exclamó Félix echando una triste ojadá á sus libros. ¡Qué felices son los que no pierden año por falta de algunos duros para pagar la matrícula!

—¿Vimos?

—Si: lebe ser cerca de la una, y vive lejos.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?

—Talvez una locura. Pero que no me culpen á mí de ella, dijo con tono solemne: cúlpese á los que han hecho al oro dueño del mundo.

Un momento después salían los dos de la casa, sin advertir que tras ellos bajaban la escalera una multitud de jóvenes elegantes, que reían á carcajada suelta.

¡Llanto y risa! ¿Qué mas da? Todo tiene su efecto dramático en el teatro del mundo, y

*Per troppo variar natura é bella.*

### IV.

La tempestad arreciaba por momentos, y el sepulcral silencio de la villa sólo era turbado por el ruido del agua, y por la voz de tal cual soñolient y mal humorado sereno que cantaba la hora.

En el extremo de una estrecha y retirada calle, á la luz de un mortecino farol, se veían dos hombres envueltos en sus capas, que calados de agua y sin hacer caso de los torrentes que sobre ellos caían, miraban con ansiedad hacia la puerta de una casa de no mala apariencia, que en la acera de enfrente habia.

En la otra punta de la callejuela se columbraba apenas, envuelta en la oscuridad, una berlina tirada por poderosas yeguas normandas, parada delante de una mezquina casa cuyo portal estaba abierto aun.

El reó de Palacio dió las dos.

Los lombres de las capas se acercaron á la puerta de enfrente, que se abrió en este momento, dando paso á una mujer envuelta en una capa de pieles, y después de conversar algunos instantes con ella en voz imperceptible, se alejaron los tres de la casa.

Mientras esto sucedia, en el otro extremo de la calle se representaba una escena terrible, digna de un melodrama de Bouchardy. Dos hombres salieron con una mujer en brazos de la casa cuyo portal estaba abierto aun, siguiéndoles otros tres á corta distancia.

De repente, entre el desquicio de los elementos, se oyó un alarido sordo y sofocado, como si la boca que lo lanzaba estuviese tapada.

El sereno, que sentado en un umbral dormia profundamente soñando con los pintorescos bosques de su país, despertó sobresaltado y se lanzó chuzo en riesgo hacia el lugar de donde el grito partia.

Ento tanto la mujer fué metida violentamente en el carruaje, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para evitarlo; uno de aquellos lombres subió con ella, y el coche iba á partir, cuando el sereno parándose en medio de la calle gritó con voz de trueno:

—¡Alto ahí!

Cuatro hombres se precipitaron sobre él, y antes que pudiese lanzar un grito ni hacer un movimiento, se hallaba derribado en tierra, sujeto por ocho brazos de hierro, y con un pañuelo en la boca que le imposibilitaba de pedir socorro.

La berlina partió al galope.

Al día siguiente todos los periódicos decían que los vecinos de la calle de... habian encontrado al salir de sus casas el cadáver de un sereno que maniatado y con un pañuelo en la boca yacia en medio del arroyo. En todo su cuerpo se hallaba la menor herida ni contusión: el infeliz habia muerto de frío. Dos casas inmediatas se encontraron abiertas por la mañana. En cada una de ellas faltaba una joven. Se habia verificado un doble rapto.

¿Qué Mongiabele podrá apreciar los pliegos de papel que en aquella hora comenzaron á emborronar los escribanos?

¿Escribanos dijimos? Pues cuenta que no hemos dicho nada: nosotros los juzgamos las personas mas honradas que pueden hallarse. Con perdon sea dicho del autor de *El novio pasado por agua*.



V.

## PILLOS Y CALAVERAS.

Han pasado dos días. En el mismo cuarto principal donde al principio de esta historia introdujimos á nuestros lectores, se representa ahora una escena, que no deja de tener alguna semejanza con la que entonces presenciaron.

Julio había ofrecido una cena á sus amigos si salía triunfante en cierta apuesta; pero como por aquellos días debía contraer matrimonio con una de las mas ricas y nobles señoritas de España, su madre había convertido la cena en un baile con que pensaba celebrar el mútuo acuerdo de las dos familias.

El condecito no tenía padre, y en cuanto á su madre... ¡era una bendita de Dios la buena señora! Quería á su hijo hasta la ceguera, y era la primera á celebrar sus calaveradas.

¡Bien es verdad que las calaveradas de Julio eran tan graciosas! Los salones de la condesa estaban completamente llenos, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de una nueva gracia del condecito.

—Me ha derrotado, decía Federico á una multitud de jóvenes que le rodeaban. ¡Es lo mas atrevido eso, chico!

—La aventura es original si las hay!

—¡Já, já!

—¡Maniatar al sereno!

—Ha sido una donjuanada.

—Pero de muy buen género.

—¿Y la muchacha? preguntaron muchos á la vez.

—¿Es guapa?

—Es deliciosa.

—Y me han dicho que iba á casarse con un zapatero.

—¡Já, já!

—Pues por evitarle hacer semejante disparate la robé, dijo Julio con gravedad acercándose á sus amigos, por pura filantropía.

Todos celebraron el chiste del conde, que corriendo de boca en boca, á los cinco minutos había llegado á oídos de todo el mundo, sin exceptuar á su madre y á su futura, que no pudieron menos de reírse á carcajada tendida.

—Vas á ser muy feliz con él, dijo la condesa. Es el muchacho de mas talento y mas gracia que hay en la corte.

—Así lo creo, contestó la niña bajando los ojos ruborizada.

La futura del conde llevaba por supuesto un vestido blanco como la nieve. ¡Qué buenas cosas dice Alphonse Karr sobre los vestidos blancos y el rubor de las doncellas!

—¿Y qué has hecho de ella? preguntó Federico al conde.

—¿Sé yo nunca lo que hago de las queridas que dejan de gustarme? contestó con desenfado. Pregúntalo á mi ayuda de cámara, que puede que él te dé razón.

—¡Já, já, já!

(Continuará.)

DIEGO LUQUE.

## PASAGE DE LA «FANTASMAGORIA»

EPISODIO DE

## EL VERDE GABAN Ó EL REY EN BERLINA.

POEMA JOCO-SERIO CON ESTE EPÍGRAFE.

## INÉDITO.

«E così avviene, che una servil genia,  
Coi propri vizii, e con l'altrui sciocchezza,  
Si sgombrì ognor del dominar la via.»  
VITTORIO ALFIERI.

Pero ¿qué enjendro es este informe y fosco,  
de bestia y hombre mescolanza fiera?  
fecundo Goya, confusion del Bosco,  
préstame, si he de imaginar siquiera  
la estampa á tan ridículo bamboche,  
tu gorro de dormir por una noche.

Érase un aborton, griego diftongo  
trabado de animal y hominico,  
raso el tocho cacúmen como un hongo,  
salvo un círculo á modo de zodiaco;  
y en un medroso y áspero capuz  
talada la moronda hasta el festuz.

Tiene por vientre un flatulento zaque,  
la piel hispida, escuálida y cerdosa,  
y la color zurrada de zumaque;  
de sátiro los piés (y aun otra cosa)  
dos hendidas pezuñas por zapatos,  
por dedos retorcidos garabatos.

Diré al lector cuál era este animal,  
porque no se devane allá el cerebro,  
revolviendo la historia natural  
de nuestro Animalista Valdecebro,  
de Plinio, de Aldovandro, ni Buffon:  
era un solicitante en confesion.

A sus inmundos piés yace de hinojos  
una devota jóven penitente,  
fijos en tierra con rubor los ojos,  
confesando de amor la llama ardiente  
en que mas su albo pecho se encendia,  
cuanto mas con cilicios se oprimia.

Toda de gracia y de inocencia llena,  
su mirar de divina compostura,  
blanca como la cándida azucena,  
respirando de rosa el aura pura,  
son sus cabellos de oro hebras sutiles,  
y su edad no cumplidos quince abriles.

Como á boca de lóbrega caverna  
está de acecha hambriento lobo fijo,  
esperando á cebar la rabia interna  
con que el hambre le roe el entresijo;  
y se relame ya y aguza el diente,  
al ver al ojo la ovejuela enfrente:

No de otra suerte el monstruo á la rejilla,  
ojo á la presa, y áfilando de uña,  
estaba si la pilla ó no la pilla.  
Ya se enflauta, ya arrastra la pezuña,  
de erótico furor el alma llena,  
y... á este tiempo Zaullon mudó la escena.

Y hé aquí el confesonario (¡raro encanto!)  
hecho un altar, y en este altar un nicho,  
y en este nicho colocado un Santo;  
y este Santo del nicho érase el bicho  
que ya en vez de la bella pecadora,  
tiene á sus piés un pueblo que le adora!!!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

## AL SEÑOR DOCTOR D. FRANCISCO ESTEBAN DE INGUNZA.

El destino es invariable.

Parte: yo no te doy mi despedida.  
La tierra es un inmenso laberinto  
Cuyo centro es la tumba; cada vida  
Por diferente senda su recinto  
Cruza, mas todas en la tumba acaban,  
Y en su lóbrego umbral depositamos  
El fardo del dolor con que nos gravan  
Los designios de Dios, y descansamos.

No te aflijas, doctor: parte, y no llores  
Si al otro lado de la mar no encuentras  
A tu buen padre ya; no llores si entras  
En su hogar solitario, si las flores  
Del jardín que él cuidó marchitas hallas,  
Y desquiciada la mohosa puerta,  
Y ruinosos sus muros y sus vallas  
Y la paterna cámara desierta.

Partió ante ti: la senda de la vida  
Recorrió hasta su fin, y entró su alma,  
De esta cárcel de penas desprendida,  
En las regiones de la eterna calma.  
Tú por la vida que te dió quisiste  
La flor de tus trabajos ofrecerle,  
Y la mitad del mundo recorriste  
Pensando en su vejez entretenerle  
Con el cuento gentil de lo que viste;



Mas ¡oh inútil afán! ya no has de verle  
Sobre la tierra mas, y sus miradas  
No podrán recorriendo tus escritos  
El insomnio apreciar de tus veladas,  
Ni de tus aventuras ya pasadas  
Recompensar los riesgos inauditos.

Mas no te desesperes; no le llores;  
En mas feliz y luminosa esfera,  
Libre ya de amarguras nos espera,  
Y en los jardines del eden benditos  
Duerme en un fresco pabellon de flores.

Parte, caro doctor: no me despido;  
Pronto, pájaro errante, alzando el vuelo,  
Dejando á Europa y el paterno nido,  
Me lanzaré en los aires, y en el suelo  
Le América pasando, en tus hogares  
Ensayaré el poder de mis cantares.

Parte, doctor, y cumple tu destino:  
Fuerza es que llene cada cual el suyo;  
Si no nos lanza por igual camino,  
Llevas mi corazon; guárdame el tuyo.

JOSÉ ZORRILLA.



(La plegaria.)

### LA PLEGARIA.

¿Por quién dirige sus preces al cielo esa bella aldeana, tan absorta en su oracion, que parece la figura de un ángel fijando sus miradas en la region de los elegidos? ¿Ruega por el descanso de su madre? ¿pide á Dios amparo para su hermano? ¿O implora la proteccion del cielo para que permita llegar sin contratiempo el bien amado de su corazon, á quien espera á través de los mares, tras largos años de ausencia, para

presentarle el ramo de flores que la dió al estrecharla en sus brazos, y darla en la frente el beso de despedida? Nadie sabe el misterio que se encierra en la plegaria de la pobre niña; pero todo el mundo descubre la pureza de su rostro y la fé que revelan sus ojos, penetrando á través del espacio en otra mansion mas dichosa.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.